
ALONE

Interpretación de Gabriela Mistral

UN Cardenal despidió sus restos en el hemisferio Norte, otro los recibió en su iglesia del hemisferio Sur y, durante el viaje, bajo las nubes, sobre la tierra, Embajadores y Presidentes, los poderes públicos, autoridades civiles, militares, docentes, eclesiásticas, cuanto cada país tiene de representativo y superior, le tributaron honores sin paralelo.

Un diario ha hablado de canonizarla. En respuesta a un libro que en Chile la llamó Divina, en Ecuador la han llamado Santa.

La apoteosis de Gabriela Mistral permitirá decir sobre ella ciertas verdades, particularmente una, que antes habrían debido dejarse en silencio: más allá de cualquier crítica, hállese fuera de todo posible daño: los altares son intangibles.

Digámoslo, pues, sin reticencias.

Gabriela Mistral no amaba a Chile. Amaba su Monte Grande natal y, por extensión, el valle de Elqui, el campo y la montaña, la gente montañesa y campesina, sus días infantiles. Más allá, divisaba un pueblo extraño, hostil, bastante sospechoso, que no le inspiraba afecto y con el cual sentíase en oposición.

Este hecho, presentido por muchos, que solían lanzarle como acusación de ingratitud, algunos pudieron comprobarlo personalmente y lo escucharon, no sin violencia, de sus propios labios. Amaba singularmente la tierra de Sarmiento (sin Perón), y don Andrés Bello nunca le inspiró bastantes consideraciones.

¿Cómo brotó en su alma este sentimiento? ¿Qué factores vitales redujeron su patriotismo a tan pequeña porción del territorio nacional? ¿Por qué tendía siempre a salir y vagar, resistiéndose tenazmente al regreso?

En vez de condenarlo, nos ha parecido preferible intentar su análisis y hacer sobre él algunas reflexiones que acaso lo esclarezcan y, aun, lo justifiquen.

* * *

El amor a la patria nos parece eterno o, según los juristas, de derecho natural, innato y obligatorio; pero no siempre ha existido ni presenta, a través de la historia, los mismos caracteres.

La antigüedad clásica lo ignoró como nosotros lo sentimos. Grecia y Roma, después, el Renacimiento, amaban la ciudad y un pequeño cerco en torno. El resto teníanlo por tierra bárbara o reducto de enemigos. Podían aliarse en un momento dado varias ciudades contra el común agresor; pero los antagonismos entre ellas renacían, violentos y perduraban una vez disipado el peligro.

Examinándolo bien, esto resulta más lógico de lo que parece.

"Ama a tu prójimo como a ti mismo" manda, con profunda psicología, el Decálogo; porque el amor comienza en el yo, fuente de todo, núcleo universal. Solamente los seres extraordinarios extienden ese círculo, que la familia prolonga, hasta la sociedad, el país, el continente o el género humano. Son los héroes y los santos, soñadores del infinito. La mayoría, después del prójimo, del que habita cerca y se le parece, miran con desconfianza a los lejanos o diferentes y no sin odio o temor a los desconocidos e indescifrables.

Esta constituye la ley común.

No escapaba a ella la apasionada hija de Monte Grande, corazón de impulsos vehementes y fantasía poderosa, pero precisa, con imágenes de un vigor tremendo, nunca vagamente difundidas ni elásticas. Tanto su razonamiento, muy

fuerte y asentado, como las ansias de salir que el malestar le provocaba en Chile, haríanla tender la vista hacia las Américas y pasearse por los continentes; pero, en el fondo, seguía siendo la niña humillada y sensible, de recuerdos infantiles, tiernamente poetizados.

Monte Grande encarnaba, dentro de su memoria, el paraíso terrenal. Allí gustó la época de los patriarcas, un estado en que la pobreza no va unida al desdén ni a la amargura, porque aún no se pronuncia la áspera distancia entre el mío y el tuyo que traen los bienes materiales. Quienes poseen poco siempre están dispuestos a compartirlo: no es mucho lo que dan y esperan una fácil retribución. Un pobre abre la puerta de su rancho al transeúnte desconocido sin las sospechas del rico que oye golpear la de su palacio. El general desvalimiento borra, además, o atenúa las rivalidades y evita las heridas prematuras en la zona delicadísima del amor propio donde nacen los anhelos de igualdad.

La chica, tímida y lenta, no hallaba contra qué chocar, con quien reñir, y podía creerse única en esa atmósfera preservada por el aislamiento artificial a fuerza de naturalidad, que fué, hasta que tuvo "uso de razón", como un segundo claustro materno.

Los sufrimientos empezaron lejos, en la Escuela Primaria de La Unión, otra aldea.

Cabe suponer cierta estilización dramática, inconsciente, en los relatos que la víctima hacía de su martirio entre las compañeras de colegio. Un poeta es siempre un poeta, alguien que inventa. Pero los niños no son piadosos: "cet âge est sans pitié", y la chica abandonada de su padre, sin más apoyo que su madre y su hermana, igualmente desvalidas, en manos de una protectora ciega y dura, seguramente no halló aquí la blanda y propicia libertad de Monte Grande. Empezó a conocerse y a situarse en el mundo exterior y lo hallaría helado, sentiríase inerte. Las anécdotas que refiere son terribles. Sean como hayan sido las cosas, es en esa Escuela semirural donde Gabriela tiene la revelación de la crueldad humana, es allí donde aprende, con las primeras letras, el dolor, la injusticia y los trágicos errores de que está lleno el mundo. Una envenenada espina se le hunde en las carnes y san-

grará para siempre. Será, desde entonces, la eterna perseguida, la ofendida y humillada, la pobre y débil criatura contra la cual se conjuran las potencias exteriores y que no halla a dónde volver los ojos para pedir auxilio.

Decisivo y formidable episodio, en un temperamento como el suyo, ése de la Escuela Primaria de La Unión.

Otros le seguirán.

Ya no es una niña. Es una joven y debe trabajar. Hija y hermana de maestros primarios, de imaginación despierta, seguirá la carrera de la enseñanza, única a su alcance. Cuando su hermana y profesora ha agotado su corto saber, viene la preparación de los exámenes para ingresar a la Escuela Normal de La Serena. Mientras tanto, su hermetismo, exacerbado por el despertar de la vida, ha descubierto un cauce en las letras, que su padre cultivó a lo silvestre, haciendo versos de ocasión, y compone estrofas llenas de una melancolía enfática, no sin rebeldía. Halló para su mal un maestro frenético, el colombiano Vargas Vila, azote literario de las juventudes hispanoamericanas por entonces, y se arroja en sus brazos con una violencia casi salvaje, lo adora como a un ídolo. Los diarios locales publican composiciones de Lucila Godoy Alcayaga que exhalan los mismos acentos del revolucionario romántico, semidemente. Acaso preparaba sin saberlo el escollo donde iba a estrellarse.

Todo parecía listo para el ingreso de la moza a la Escuela Normal: se habían comprado, a costa de sacrificios y deudas, las prendas del modesto ajuar y, en apariencia, nada se oponía a que iniciara sus estudios, cuando una mano desconocida, en el umbral del establecimiento, la hizo brutalmente atrás, le notificó que sus puertas le estaban cerradas. Un acuerdo del Consejo, adoptado el día anterior, así lo disponía.

Era condenarla al esfuerzo solitario y la batalla menesterosa de los que no alcanzan título y han de suplicar como una gracia un puesto en las últimas filas de la enseñanza, deslizándose casi clandestinamente por los intersticios del escalafón.

No bastó eso.

Otro golpe le estaba reservado, todavía más íntimo.

La extraordinaria intensidad de expresión que alcanzan los poemas eróticos de Gabriela Mistral, esos llamados vibrantes en que exhala todo el ser permiten calcular el ímpetu de su primer amor. Sólo la Biblia en que bebió a raudales, curada ya de Vargas Vila, satisfacía su vehemencia y en sus estrofas, las metáforas ardientes suceden a gritos de pasión, como no se habían escuchado en lengua castellana. El sujeto pudo ser de nula importancia. Temperamentos como el suyo crean su propio fantasma y resulta secundario que haya o no existido quien lo provoca. Se afirma incluso que los Sonetos nacieron de una historia oída, que constituyen un tema retórico. No importa: el clamor traduce una herida profunda y sus huellas ensangrentaron toda su juventud. Sea cual fuere el origen del sufrimiento, hay una atormentada doliente, una víctima abrazada a la cruz, una mujer para quien la existencia se presenta como puro dolor.

Sumado a los demás episodios, éste iba a teñir definitivamente su visión de los seres y las cosas y despegarla de la tierra en que había padecido.

Agréguese el cotidiano suplicio de la lucha pequeña, las privaciones constantes; el remontar la cuesta entre desaires, reproches y fallidas esperanzas, con la carga de la pobreza y la incertidumbre; la embestida artera de incapaces y miopes; las mil picaduras de la maledicencia ensañada con su arte audaz, sin detenerse ante su conducta íntima, mientras los inferiores disfrutaban las ventajas de su insignificancia, volviéndole aun más punzante el infortunio, y se tendrán los factores que explican su perenne resentimiento.

No cesó éste cuando cambió el destino.

En cierto modo, este cambio más bien la justifica, dándole asidero, pues las manos que le fueron tendidas, no hay que olvidarlo, a los treinta y tres años, fueron manos extranjeras. Primero Federico de Onís la da a conocer, la exalta y la edita en Estados Unidos, después Vasconcelos la llama a México y le rinde homenajes públicos.

Sólo fuera de Chile, conoce Gabriela Mistral la paz, empezando por la no menos importante: la paz económica. Ni la flor otorgada a sus Sonetos de la Muerte en los Juegos de 1914 ni sucesivos ascen-

sos en su carrera pedagógica la habían liberado del yugo profesional.

Ojos extraños la descubrieron, casa ajena la albergó, admiradores y amigos de lejanos países le daban, por fin, el sentimiento más necesario a la buena nutrición de un alma, el de su propia superioridad.

Diríase que un "encadenamiento de circunstancias" se eslabonaba para desarraigarlas de Chile.

La ausencia lo consumó.

Pocos amores resisten a la distancia y el que inspira la tierra natal es uno de los más frágiles. Podría incluso fijarse cierto plazo según las estadísticas de los emigrados. La malla de recuerdos, impresiones e imágenes que lo van entretejiendo y nos envuelve día a día, con la fuerza de la costumbre, no se puede romper mucho tiempo sin que encima, otra tela se forme, como un epitelio defensivo, y la recubra. Porque, en el fondo, el hombre sólo ama su reflejo sobre los seres y las cosas, una especie de doble etéreo proyectado sobre lo que llamamos "mundo exterior".

Casi a la misma edad que Gabriela Mistral, a los treinta y seis años, marchó al extranjero, como representante diplomático, nuestro gran novelista, don Alberto Blest Gana, caracterizado por su fundamental patriotismo y cuya existencia giró en la órbita de los hábitos y modalidades nacionales, sin que se desprendiera de ellos jamás. Retenido en París por deberes oficiales hasta los linderos de la vejez, no regresó, sin embargo, cuando lo exoneraron y se quedó allá, viviendo, y allá lo encontró la muerte, a los noventa años. Añoraba en pensamiento y de palabra su querida tierra. Gabriela también. Desde lejos la servía y le dió gloria. Asimismo Gabriela. Y el escritor no se había llevado, al partir, la huella de amarguras que persiguió a la escritora.

Había, debe reconocerse, en el caso de ésta, una predisposición al distanciamiento y la rebeldía. Sea efecto de la herencia paterna que la inclinaba al vagabundeo, sea reacción contra el medio hostil en que su infancia y juventud transcurrieron, sean taras más hondas, de difícil diagnóstico, una propensión casi morbosa excluía de su memoria los recuerdos gratos para poner en primera línea los dolorosos. Si exceptuamos la

dedicatoria de su *Desolación* a don Pedro Aguirre Cerda y a su esposa, "a quienes debo la hora de paz que vivo", costará descubrir en su obra muestras de reconocimiento y signos de alegría, mientras que invaden el campo y lo cubren un coro de inmortales lamentaciones. Su charla particular era como su expresión pública. Un genio maléfico sustraía cuanto la pudiera consolar de los ataques, jamás puestos en olvido. Hablábale en su presencia de un libro que le causó grandes disgustos donde un escritor chileno la estudiaba con injusticia. Gabriela creía que esa obra, especialmente enviada por el Ministerio de Educación, hallábase en todas las bibliotecas del mundo con sus páginas abiertas para denigrarla con una palabra casi oficial. Alguien le preguntó si había recibido la réplica a esa diatriba publicada por otro autor, también chileno, en un libro reciente. Le sorprendió la noticia, dijo que no le había llegado, y sacó de este hecho nuevas razones para apoyar su tesis, mientras quien le había hecho la pregunta tenía en el bolsillo la carta patética en que agradecía esa obra. Un escritorzuelo desconocido lanzó en un periódico que no leía nadie, ineptas andanadas contra la poetisa. No lograron ningún eco. Pero uno lo escuchó ella en Nueva York, y desde allá preguntaba quién financiaría la campaña en su contra dentro de Chile, porque "estas cosas no se hacen sin dinero" y en el resto de

América era sabido qué Gobierno europeo corría con los gastos de su difamación. Todo ello, en la más absoluta certeza, con una sinceridad insospechable, sin la más mínima vacilación.

* * *

Se ignoran los elementos que necesita la composición de una grande obra y si factores aparentemente mortales, en realidad, pueden favorecerla. Una Gabriela Mistral dichosa, formada en buena familia, dentro de la comodidad burguesa, amante correspondida, madre de numerosos hijos, rodeada de consideraciones, ¿quién sabe? acaso habría escrito poemas estimulantes y optimistas, cantares a la alegría de vivir y respirar; pero hubiera sido otra, posiblemente menos fuerte, tal vez sin atracción ni resonancia, desprovista de interés. Y de seguro no le habrían rendido honores de Pontífice ni Jefe de Estado.

Su vida y su corazón de tormento tuvieron dos altas consecuencias: en el orden literario, incomparables gritos de amor y de dolor, unidos a la muerte, los máximos temas de la poesía; en el orden práctico, un desprendimiento de su tierra que difundió su sentir patrio por el continente, permitiéndole amar a los pueblos de su raza y pasearse por las repúblicas hispanoamericanas como por Elqui, con una soberana familiaridad.

No hay que olvidarlo al juzgarla.

Esta que aquí yace tras el cristal de un féretro, llamó a su carne Lucila Godoy; el nombre de su espíritu fué Gabriela Mistral.

Señor: Los dones que concedes a tus elegidos son temibles: exiges de ellos más de lo que les das; si los regalas con dolores, les pides belleza que supere la resignación; si labras el vaso del cuerpo en frágil cristal, reclamas del espíritu fortaleza diamantina que sobreviva al tiempo y quieres que las cosas por él creadas tengan valor de eternidad; a aquel que es capaz de sublimar su propio dolor lo haces asumir el dolor de su pueblo y sobre sus débiles hombros cargas el peso de sus culpas; exaltas al justo haciéndolo pagar por el pecador y quieres que el cáliz se vacie en sus labios hasta la última gota.

Esta que aquí está, de acuerdo con la tradición, revestida para su último viaje con sus últimas prendas, recibió pobres cosas de la vida; pero ella, porque era, Señor, tu elegida, convirtió la escasez en abundancia, como Tú lo hacías, bien lo recuerdas, Señor, cuando vivías en Galilea. Sus palabras dulces y armoniosas mecieron las cunas de los niños de su pueblo; pero fueron tan dulces que también arrullaron a las madres en el amor de sus hijos. No tuvo hijos; pero se hizo madre en sus cantos maternales para los hijos de todas las madres y, de su vientre fecundo, renació su valle y, a nueva vida, los campesinos de aquel valle y de todas las tierras del mundo. Alguna vez cualquiera dirá en extranjero lugar: "¿Quién es ésta que desde lejano país nos envía su canción?" Y como ella también besará a la muerte sin temerla. No pudo ser devorada por las llamas porque ella era el fuego purificador: la poesía.

Lo que nos dió la naturaleza: desiertos, valles, montañas agrestes, procelosos mares, porque eran el hogar de su pueblo, convirtiólos en tierras